

poseian, que se da bien claro á entender que tenian muy pegado al corazon lo que no se puede despegar sin tanto dolor; porque así se hallan tan nuevos en las ocasiones, como si nunca lo hubieran propuesto, y tan olvidados de lo que propusieron, como si nunca hubiera de llegar la hora de cumplirlo: y así desconocen la deshonra y la pobreza cuando le ven la cara de cerca, como si nunca hubieran visto su retrato en el pensamiento; y así se escandalizan y huyen de ella en efecto, como si no la hubieran deseado y ofrecido á ella con el afecto. Y por esta causa nuestro Salvador, habiendo prevenido á sus sagrados apóstoles de los trabajos y persecuciones en que se habian de ver por su respeto y por su amor, porque no pensasen que esto se habia de quedar en palabras y en deseos, les dijo ¹: «Estas cosas os he dicho para que no os turbeis ni escandaliceis cuando se cumplan, y para que cuando vengan á efecto y llegue la hora, os acordeis y hagais memoria de como yo las he platicado todas con vosotros.» Esto es lo que toca al segundo propósito de los proficientes, y segundo paso de esta via iluminativa. Veamos ahora cómo con este propósito se vence la segunda dificultad de esta jornada, que es distinguir las virtudes verdaderas y sólidas, de las aparentes y fingidas.

¹ Joann. XVI, 1, 4.

CAPÍTULO XII.

DE LA SEGUNDA DIFICULTAD DE LOS PROFICIENTES, QUE ES SABER DISTINGUIR LAS VERDADERAS VIRTUDES DE LAS FINGIDAS Y APARENTES.

NO es pequeña dificultad para los que desean aprovecharse en las virtudes saber distinguir lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo fingido y aparente; por lo cual dijo el santo Padre que sepan los medios que darse pudieren para insistir en las verdaderas y sólidas virtudes; lo cual cuando lo dijo, bien claramente daba á entender que hay algunas virtudes que no son verdaderas sino aparentes y fingidas, y otras que aunque sean verdaderas, no son sólidas y macizas; y que el distinguir las unas de las otras, é insistir en las unas deseando las otras es cosa dificultosa y que pide algunos medios, y no hay otro mejor que el desprecio de las riquezas y de las honras mundanas, y el amor á la pobreza y deshonras de Jesucristo Señor nuestro, pues él es camino que nos lleva á la vida.

Para mejor entender esto, se debe advertir, que las virtudes de muchas maneras pueden ser aparentes y no verdaderas. Lo primero y más notorio, cuando les falta el debido fin. Porque si alguno es casto por la gloria y alabanza humana, esta no es virtud de castidad, sino vicio de ambicion; y si sufre grandes trabajos por el amor del dinero, no es virtud de paciencia, sino vicio

de avaricia; y si da su hacienda liberalmente para combatir la castidad de la casada ó de la doncella, esto no es virtud de misericordia, sino vicio de lujuria. Porque ¿cómo puede ser virtud lo que sirve al vicio? Y ¿cómo puede ser perfecta la victoria que se alcanza de una pasión, si es dejándose vencer y sujetándose á otra? De lo cual se saca, que las virtudes no lo son tanto por los oficios que hacen, cuanto por los fines que tienen. Porque ¿qué más conocida virtud puede haber, como dice el bienaventurado san Agustín ¹, que la continencia? pues de ella está escrito que ninguno puede ser continente si Dios no se lo diere ². Y con todo esto dice el glorioso san Pablo ³, que los que luchan en aquellas fiestas y juegos que se hacian en honra de los dioses, se contengan y abstengan de todas las cosas: *Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet*. Y no por eso diremos, que gente tan infame y vil tenia una virtud tan grande como es la abstinencia general de todas las cosas. Claro está que no era en ellos esto una virtud verdadera, pues dice de ellos el mismo apóstol san Pablo que se abstengan de todas las cosas para alcanzar premio temporal. De la misma manera nos pondrá en admiración como los avarientos y amigos del dinero sufren los trabajos de donde esperan enriquecer: qué largos son en derramar cuando esperan multiplicada la cosecha; cómo se abstienen de muchos deleites por no gastar; qué prudentes son en seguir las ganancias y excusar las pérdidas: pues dijo Cristo nuestro Salvador á este propósito ⁴, que los hijos de este siglo son más prudentes para sus intentos, que los hijos de la luz para los suyos. ¡Qué justifi-

¹ Lib. 4 contra Julian.—² Sap. VIII, 21.—³ I Cor. IX, 25.—
⁴ Luc. XVI, 8.

cados suelen ser en no agraviar á nadie, porque no les pongan pleito; y cómo suelen disimular los agravios por no ponerle, temiendo los gastos y las pérdidas que suelen resultar de los pleitos! ¿Diremos, por ventura, que en éstos el sufrir es paciencia, y el repartir es liberalidad? ¿Diremos que el refrenar sus deleites es continencia? ¿y el poner buenos medios para sus fines es virtud? ¿y el no hacer agravio á nadie es justicia? fuéranlo sin duda, si como son los oficios de estas virtudes, lo fueran también los fines. Y por eso tal vez nos aconseja el Espíritu santo ¹, que busquemos la sabiduría, como se suele buscar el dinero. Porque hecho por la sabiduría será virtud, lo que haciéndolo por el dinero es avaricia.

De lo dicho se ve, que no insiste en las virtudes verdaderas el que no mira más de que el cuerpo exterior de la obra sea virtuoso, sin tener cuidado de que lo sea también el fin; antes cuando el fin está dañado y torcido, se suele presto descubrir el daño en el mismo cuerpo de la obra. Porque así como en la fruta que está por defuera sana y hermosa, si se cria en el corazon algun gusano la va inficionando y corrompiendo, hasta que el mal que al principio estaba secreto se viene á descubrir también en lo de fuera; así suele acaecer también cuando en los actos que parecen virtuosos se esconde algun siniestro fin en la intencion; porque no solamente se daña el corazon de la obra en lo de dentro, pero fácilmente se viene á descubrir el daño en lo de fuera, y lo que es fingido se da presto á conocer, y la verdad por sí misma se declara, y la hipocresía pocas veces puede estar por mucho tiempo encubierta. Y la razon es, porque la obra que de dentro está inficionada

¹ Prov. II, 1-4.

con siniestro fin, por muy disimulada que esté, la acompañan de ordinario algunas circunstancias que muestran que la virtud es aparente y no verdadera. Así vemos que el que reparte su hacienda por liberalidad y por misericordia, se la da á los pobres y necesitados que no tienen con que pagar en esta vida, como lo aconsejó el Salvador en el Evangelio; pero el que olvidado de los pobres hace grandes dones á los ricos y á los poderosos de quien espera retorno, claramente da á entender que sus dádivas nacen de avaricia y no de misericordia. Porque, como dice el glorioso san Ambrosio: *Hospitalem esse remuneraturis, affectus avaritiæ est*. Asimismo los que obran por solo Dios, de mejor gana hacen los ejercicios y obras de virtud sin testigos, que delante de ellos, y por eso aman la soledad, porque como bien dijo san Diadoco ¹: La soledad es un excelente velo para cubrir nuestras obras de los ojos de los hombres. Pero los que obran por vana ostentacion, y por el aplauso y alabanza humana, no hacen á solas lo que hacen cuando son vistos; y darán sus limosnas en las plazas y en las sinagogas tocando siempre una trompeta delante, pero no lo harán cuando la necesidad es tan secreta que lo que da la mano derecha apenas lo puede alcanzar á saber la izquierda; y harán sus oraciones en las plazas y en las calles, donde haya mayor concurso de gente; y no las harán en su rincón donde sean vistos y oídos solamente de su Padre celestial. Y finalmente, los luchadores se abstienen de todas las cosas por alcanzar su corona, y no se abstienen del deseo vano de alcanzarla ni de hacer todas las diligencias que pueden para no perderla, con que asaz se descubre su ambicion. De manera, que así

¹ S. Diad., c. 53.

como un hombre que está mal sano por mucho que por defuera se afeite el rostro y se le pinte con colores postizos, no puede disimular tanto su mal, que no se manifieste por muchas señales; así son las virtudes aparentes y fingidas que por mucho que quieran disimularse con los actos virtuosos que hacen defuera, por mil caminos descubren el fin torcido que tienen allá dentro. Pues si el mal humor de que están enfermas estas virtudes es la secreta intencion de la honra y alabanza humana, y la secreta codicia de los bienes temporales, bien se ve cuán eficaz remedio es para insistir en las virtudes verdaderas, quitar el amor de estas cosas, y ponerle en la pobreza y humildad de Jesucristo, que es este segundo paso de que tratamos.

CAPÍTULO XIII.

DE OTRAS DOS MANERAS EN QUE LAS VIRTUDES SON APARENTES Y NO VERDADERAS.

HAY otras dos maneras en que las virtudes no son verdaderas, sino aparentes; y el remedio para no ser engañados, es el amor de la pobreza, y de las deshonras de nuestro Salvador. Porque lo primero, hay algunos vicios tan vecinos y tan semejantes á las virtudes, que los que no están muy advertidos se engañan con esta semejanza habiendo en la verdad tanta diferen-

cia, cuanta hay entre los vicios y las virtudes. Porque como la virtud consista en el medio de la razon, sucede muchas veces que la virtud se convierte en vicio, por declinar á cualquier de los dos extremos; y entre estos extremos, el uno de ellos suele ser tan parecido con la virtud, que casi no se diferencia de ella. Porque la constancia es virtud á la cual es vicio contrario el de la inconstancia; pero tiene tambien otro vicio muy vecino y parecido, que es la pertinacia, la cual en cierta manera imita á la constancia. Y á la prudencia, no solamente es contraria la temeridad y la imprudencia, sino tambien la astucia, que en algo se parece con la prudencia; y lo mismo es en las demás virtudes. Por lo cual amonesta san Gregorio á los prelados que estén advertidos en esto para conocer los vicios cuando se encubren con capa de virtudes. Porque la tenacidad, dice este santo, y la miseria parece parsimonia, y los gastos supérfluos y derramados se tienen por liberalidad, la remision se piensa que es piedad, y la ira desenfrenada que es celo, la temeridad y arrojamiento se tiene por eficacia, y la tardanza viciosa por madurez y gravedad; y de esta manera hay otros muchos vicios, que por la semejanza que tienen con las virtudes son, como decíamos arriba, lazo que nos pone nuestro enemigo en el camino, esto es, en el mismo ejercicio de las virtudes.

Habiendo esta semejanza entre algunos vicios y algunas virtudes, para no engañarse con ella y reconocer cada cosa como ella es, son menester ojos claros y despiertos, y luz divina y celestial, y despues de ésta, práctica y ejercicio de las mismas virtudes. Porque así como dos hombres cuando son muy parecidos, para reconocer la diferencia que hay entre ellos, no solamente es necesaria la luz, sino tambien haberlos tratado por algun tiem-

po, porque á la primera vista de ordinario la semejanza causa confusion, y es fácil engañarse teniendo sin advertirlo al uno por el otro; esto mismo sucede para distinguir entre algunos vicios y virtudes, que en muchas cosas parecen semejantes. Porque demás de la luz y el don de la discrecion ayuda en gran manera el haberse ejercitado en estas virtudes y peleado contra estos vicios, y experimentado el gusto y sabor de la virtud, y el sinsabor y el disgusto del vicio, y mirado con atencion y de cerca la hermosura de la virtud y la fealdad del vicio contrario. Y para lo uno y para lo otro, esto es, para tener mayor luz y para ejercitar las virtudes, ¿qué otra cosa nos puede ayudar más que el desprecio de las riquezas y de las honras mundanas, y la imitación de la pobreza y el amor de las deshonras de Cristo nuestro Señor? Porque lo primero, el amor de las riquezas oscurece la razon, y del afecto encenagado con el amor de los bienes terrenos sale una niebla que ciega el entendimiento y no le deja conocer el medio en que consiste la virtud, el cual conocen con mucha claridad los que son limpios de corazon y libres de los deseos vanos que trae consigo la codicia. Pues ¿qué diré del amor desordenado de la honra mundana, el cual así como arrastra muchas veces la voluntad y la hace salir de la raya de la razon, así tambien ciega el entendimiento para que no conozca, ni quiera conocer, ni confesar su desórden? Antes con una vana presuncion y con loca soberbia, por no darse por culpado se deja engañar con palabras de malicia para excusar (como está escrito en el salmo) las excusas en los pecados, lisonjeándose á sí mismo con la semejanza de algunas virtudes, y canonizando su ira por celo, su pertinacia por constancia, su remision por piedad, su astucia por prudencia, y su pu-

silanimidad y caimiento por humildad, y así en otros vicios semejantes. Pues ¿quién no vé por aquí cuánto ayuda para tener clara la vista y viva la discrecion, la pobreza del espíritu y la humildad de corazón, y el desprecio de todas las honras y riquezas mundanas; cuyo amor y deseo trae la mayor parte de los hombres ciegos y engañados, haciéndoles creer que allí hay mayor virtud, de donde esperan mayor honra ó mayor interés; y nunca tienen ni ojos para conocer el engaño, ni ánimo para resistirle hasta que son pasados y puesto debajo de los pies todo el amor y deseo de la honra y de las riquezas temporales?

Esta doctrina es del glorioso y bienaventurado san Gregorio, declarando aquel lugar del santo Job, donde hablando de las propiedades del caballo entre otras dice¹, que cuando ha de salir al encuentro á los armados pisa y acocea la tierra con alegría y con atrevimiento: *Terram ungula fodit, exultat audacter, in occursum pergit armatis*. Con la uña, dice, cava en la tierra, está alentado con osadía, y sale al encuentro á los enemigos armados. ¿Quién son estos armados, dice el glorioso y bienaventurado doctor san Gregorio²; sino los demonios cuando pelean con fraudes y con engaños, y para persuadirnos el mal le cubren con apariencias y semejanza de bien; vienen así cubiertos y disimulados, como con unas armas, porque no conozcamos su malicia, como la conociéramos si vinieran desarmados y desnudos? A estos armados salimos al encuentro cuando reconocemos como de lejos sus engaños, y nos disponemos á pelear con ellos como con enemigos. Pues ¿qué cosa es salir al encuentro á los enemigos armados des-

¹ Job XXXIX, 21. — ² Grég. lib. 31 mor. c. 19.

pues de haber pisado la tierra, sino reconocer los engaños de los espíritus malos, despues de haber sujetado la rebeldía de la carne, y desarraigado la codicia de las riquezas, y mortificado el amor de la honra vana, que todos son bienes de la tierra? este tal reconocerá los engaños del enemigo, y ejercitará las virtudes verdaderas.

De otra manera tambien los que son pecados manifiestos suele persuadir el demonio con sus ilusiones que son virtudes; no porque tengan semejanza con ellas, sino porque el demonio con sus mentiras persuade que lo son, permitiendo Dios que sea engañada la soberbia de algunos que en las cosas espirituales buscan la vanidad y no la verdad. Casiano en la colacion segunda del abad Moisés, cuenta la muerte desastrada de Hieron despues de cincuenta años de soledad y extremada abstinencia, al cual el demonio en figura de ángel bueno le persuadió que se echase en un pozo profundísimo para probar la confianza que tenia en Dios. Y de otro dice, que le persuadió el mismo ángel malo, que sacrificase un hijo que residia con él en el mismo monasterio, para imitar con esto la fe y obediencia del patriarca Abraham. Y de semejantes engaños tenemos tantos ejemplos en las historias antiguas, y hemos visto tantos en los siglos presentes que fácilmente nos convenceremos, que es grande el peligro que hay de errar en el camino de la virtud y creer las mentiras del ángel de las tinieblas, cuando se transfigura en ángel de luz. Porque aunque parece que no hay cosa más fácil de conocer y distinguir, que la luz de las tinieblas, la verdad de la mentira, y el vicio de la virtud; pero con todo eso dijo bien el Filósofo, que hay muchas cosas falsas más probables y aparentes, que otras verdaderas, y así tambien algu-

nas mentiras que se creen más fácilmente que otras verdades; y cuanto el lobo en su propia piel y figura es más diferente de la oveja, tanto es más peligroso el engaño que pueden hacer los lobos si se disimulan y encubren con pieles de ovejas; porque tanto más nos aseguramos que no serán lobos, cuanto están más lejos de parecerlo; y este mismo peligro hay cuando Satanás se transfigura en ángel de luz, y los vicios se esconden debajo de la semejanza de la virtud, engañando con esto los buenos deseos de algunos devotos poco discretos, no bien instruidos y mal ejercitados.

Entre estos engaños, ¿qué otros medios se pudieran dar para insistir en las verdaderas virtudes como el amor de la pobreza y de las deshonras de Jesucristo? Del cual amor de la cruz huyen los demonios, nuestros enemigos y engañadores, como de la misma cruz, y con él se deshacen todas sus mentiras y engaños, como las tinieblas se desaparecen delante de la luz. Y es así, como veremos en su lugar, que una de las señales más ciertas para reconocer las ilusiones del demonio y las inspiraciones divinas, es ver si inclinan á soberbia ó á humildad, á estimacion propia, ó desprecio de sí mismo, á buscar la honra y alabanza humana, ó á huir de ella; y aquel espíritu está más seguro de ilusiones, que se inclina más á la pobreza y á la humildad, y huye de las riquezas y honras mundanas. Y si advertimos con atención en las historias de los siglos pasados, y en los ejemplos de nuestros tiempos, hallaremos que en los que han sido engañados ha precedido por la mayor parte dureza de juicio, poca sujecion al parecer ajeno, amor de la singularidad, que todas son señales de secreta soberbia, y renuncios de ciertas caídas. Porque así como en los movimientos naturales, ninguna cosa cae sino de lo alto;

así es en lo espiritual, como está escrito ¹: «Antes de caer se levanta el espíritu, y antes de hacerse pedazos precede la soberbia, y antes de la gloria precede la humildad.»

CAPÍTULO XIV.

QUE UNAS VIRTUDES HAY SÓLIDAS, Y OTRAS QUE NO LO SON
Y DEL REMEDIO PARA QUE LO SEAN.

PARA conclusion de este punto se debe advertir, que hay algunas virtudes que siendo verdaderas no son sólidas; y por esto dijo nuestro santo Padre ², que sepan los medios que darse pudieren para insistir en las verdaderas virtudes y sólidas; y en otra parte dice ³: y así parece que á una mano debe procurarse, que todos los de la Compañía se den á las virtudes sólidas y perfectas: de donde se saca, que por ventura entiende lo mismo el Santo por virtudes sólidas que por virtudes perfectas y robustas, y que han llegado, como si dijésemos, á la edad varonil. Porque así como los niños son verdaderos hombres en su especie, pero no tienen aquella fuerza ni aquella perfeccion y solidez que tienen los varones; así hay algunas virtudes aunque verdaderas pero flacas, añiñadas, imperfectas, regaloncillas, criadas con el regalo de alguna devocion y consuelo sensible, el cual si les falta, desma-

¹ Prov. XVI, 18; XV, 33.—² P. III, c. 1, núm. 10.—³ P. 10, § 2.